

Paisaje librero con luna de otoño

LEMENTABLEMENTE, en el siglo XVII no funcionaba el medidor Nielsen, de modo que no podemos estar muy seguros de las ventas de los *best sellers* de la época. Pero sabemos que había algunos libros que, sin alharacas mediáticas ni *gossip* tuitero, y con la mera prescripción del bendito boca a boca, conseguían convertirse en éxitos que desafiaban las previsiones. Ahí tienen, por ejemplo, al mismísimo Cervantes, vanagloriándose por personaje interpuesto de su éxito comercial en aquel episodio (*El Quijote*, II, XVI) en que nuestro más famoso hidalgo le explica al Caballero del Verde Gabán, poseedor de una apabullante biblioteca de seis docenas de libros (ninguna novela, por cierto), que “treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia, y lleva camino de imprimirse treinta mil veces de millares, si el cielo no lo remedia”. Los *best sellers*, en todo caso, ya no son lo que eran: no creo que contemos con alguno contemporáneo que despierte una expectación tan auténtica como la de los enganchadísimo lectores neoyorquinos de *Almacén de antigüedades*, la más lacrimógena de las novelas de Dickens, cuando acudían al puerto para preguntar a los viajeros que venían de Londres (y, por tanto, ya habían podido leer la última entrega del folletín) si la pequeña Nell Trent seguía viva. Lo más parecido en la edición contemporánea es la saga de Harry Potter, cuyas sucesivas entregas (astutamente promocionadas y protegidas por férreos embargos) suscitaban un clima de expectación convenientemente globalizado. Bastante menos, sin embargo, ha despertado la novela “para adultos” de J. K. Rowling, recibida por la crítica con una dosis equilibrada de aplausos desmayados y pitos sin estridencias. En todo caso, *The Casual Vacancy* ya está a la venta (en papel y *e-book*) y encararándose en las listas de *best sellers* de todo el mundo. Bueno, de casi todo el mundo. Aquí no, por ejemplo. Y no porque Sigrid Kraus, la inteligente y discretísima directora de Salamandra, haya decidido convertirse voluntariamente en el farolillo del millonario tren, sino porque, al parecer (el asunto sigue confuso) la propia autora y sus representantes habrían dispuesto retardar la publicación de la traducción española para impedir que una posible y masiva piratería del *e-book* perjudicara las ventas de la edición inglesa en los países hispánicos, donde ya está disponible en muchas librerías. Y es que nuestra fama de piratas no va a la zaga de la de los bucaneros ingleses del siglo del *Quijote* (¿justicia poética?). Lo malo es que los piratas no se han cruzado de brazos, y en distintos lugares de la Red se anuncia la próxima aparición de traducciones del libro realizadas a toda prisa por voluntarios deseados de torpedear los diseños de la autora y las leyes del sistema, mientras prometen suministrar carnaza corsaria vía pdf. No sería la primera vez que tal cosa sucede con libros de la novelista (socialdemócrata) más rica del mundo.



Ilustración de Max.

Cohabitación

DESDE FINALES de agosto a principios de diciembre —cuando la campaña navideña esté echando humo— está prevista la cohabitación en las librerías de media docena de superventas de clase A (con expectativas superiores a las 200.000 copias), de otra media de hermanitos menores de clase B (que se venderán “muy bien”) y de una docena de clase C (“razonablemente bien”), además de una desmesurada tropa de aspirantes de todo tipo, entre los que una enorme mayoría luchará denodadamente para huir de la devolución inmediata por parte de librerías que necesitan su espacio para hacer sitio a otros que hacen más caja y al cada vez más

extendido *merchandising* de productos no estrictamente libresco y demás *moleskines* y chorraditas. Darwinismo librero a tope, para entendernos, en el que sólo tienen posibilidades de mantenerse los más fuertes en términos de venta. En todo caso, lo cierto es que la infrecuente coincidencia de tantos libros vendedores de autores extranjeros y nacionales, desde E. L. James o María Dueñas a la familia Punset, Ken Follett o Arturo Pérez-Reverte (nueva novela a finales de noviembre), pasando por pesos medios del tipo Jonas Jonasson, Murakami o Cercas, ha producido un fenómeno esperanzador: tras el vacío sideral, la gente vuelve a entrar en las librerías a ver de qué va eso. Ello no significa que automáticamente el que entra

compre, pero sí que, al menos, se crean las condiciones para que pueda manifestarse algo parecido al antiguo impulso, aquel de antes de la catástrofe económica y de que viniera Rajoy a empeorarla (a sus votantes les brindo una nueva consigna: ¡*Enjoy* Rajoy!). Claro que, cada vez que alguno de los libros privilegiados se vende, la selección natural se ensaña con los más débiles, y es que el presupuesto de las familias se ha reducido tanto que donde antes entraban cinco libros ahora sólo dos. El medidor Nielsen que ofrece datos de venta y no de “colocación” (que son con los que se engañan los editores) revelaba hace unos días que, de la trilogía de Grey (E. L. James) ya se han vendido entre nosotros más de 625.000 ejemplares, y de *Misión Olvido* (María Dueñas), casi 100.000. El abanico de precios de los *best sellers* se abre entre los 17,90 de los libros de E. L. James (en rústica) y los 24,90 de Ken Follett (tapa dura). Con la que está cayendo y esos precios, díganme cuántos lectores se compran más de dos libros al mes. Y eso que el IVA libresco sigue congeladito. Por ahora.

Llamada

SI TUVIERA más confianza con él llamaría por teléfono al secretario de Estado de Cultura y le diría: “Déjelo, señor Lassalle: por favor, no siga haciendo el paripé en un (sub) ministerio ultradevaluado al que los presupuestos que dicta la ignorancia y la errática e incomprensible política de su jefe inmediato, el ministro peor valorado del Gobierno (y, si sigue así, de toda la democracia), han sepultado. No insista, don José María, regrese a la cultura, a leer a Benjamin y a Bolaño sin tener que llevarse más sofiones cada viernes, vuelva a enseñar historia de las ideas a sus alumnos, a acudir a los cines los fines de semana, a hablar con sus amigos sin necesidad de justificar cortes, recortes y exacciones que —estoy seguro— le sonrojan e incomodan. Máchese a casa, señor Lassalle, no golpee su cabeza contra el muro, no despiñe su imagen culta y dialogante, deje que su jefe y los jefes de su jefe y los que presionan a los jefes de su jefe apechuguen con la catástrofe cultural, con la penuria bibliotecaria, con la miseria que han dejado para pagar el canon, con la piratería rampante y arrasadora, con el fiasco de la Ley de Mecenazgo, con el cine y el teatro humillados, con los museos sin resuello financiero. Váyase, hágase francés (allí el presupuesto de Cultura sólo ha bajado el 4,3%), diga adiós a todo eso, no hace falta dar un portazo, usted verá cómo. Convénzase de que, incluso con la crisis, otra política cultural sería posible si a los que deciden no les importara un pimiento. Y sí, al final, se marcha, le invito a una cerveza a cambio de nada, sólo para verle la cara de alivio, mientras afuera arrecia la lluvia y la protesta y esto, señor Lassalle, “ya no hay quien lo pare”.

Un nefrópata musculado

Piel roja

Juan Gracia Armendáriz
Demipage. Madrid, 2012
274 páginas. 18 euros (electrónico: 6,90)

Por Javier Goñi

UN PACIENTE de hospital, con sus vías en los brazos, con los catéteres o reservorios y sus respectivas luces —en la morbilidad de la enfermedad siempre hay un componente poético—, que son como condecoraciones inmerecidas clavadas en el mismo pecho, a pelo; un paciente de hospital con el gotero del suero y demás paseándose como una fiera enjaulada y malhumorada como si fuera el gotero un báculio de arzobispo desmejorado, a veces parece ser, el pacien-

te de largo recorrido, de enfermedad prolongada, una marioneta derrotada por la adversidad. El escritor navarro Juan Gracia Armendáriz ha sido, durante años —no me consta que consiguiera ser además un nefrópata musculado—, un enfermo a una máquina de diálisis pegado, alguien que le ha dedicado mucho tiempo a su enfermedad y a la que ha combatido con esta trilogía que ahora concluye. En 2008 publicó *La línea Plimsoll*, una novela que no conozco; en 2010 publicó *Diario del hombre pálido*, el cuaderno de campo de sus hospitalizaciones, de sus sesiones de diálisis, de sus variados estados de ánimo; y, ahora, se nos da la tercera entrega, una suerte de diario que se puede leer, si se quiere, como novela, o un relato real que se puede leer como un diario. En esta tercera entrega, su autor,

con un riñón ajeno bien recibido, ya no es aquel hombre pálido de la diálisis, sino que fantasea con ser —ya— un piel roja.

Este texto, sea novela o diario —hay mucho deseo de contar historias, de narrar la realidad tamizándola con literatura: el padre en México, la aventura china de la adopción, los dos primos anhelantes delante de una doctora con perfil de madrastra, uno esperando recibirlo, un riñón, la otra, darlo, un riñón, y más esbozos de historias—, resulta, ahora, al leerlo una suerte de alta hospitalaría en paralelo. Al escritor enfermo le habrán dado, en su momento, la suya, pero él no se resigna a no redactar —en mejor papel, en más conseguida prosa— esta, que es un cuaderno de bitácora de esa marioneta desmadejada con pijama hospital-carcelario, que se escapa del recin-

to sanitario —feliz él— en más de una ocasión y que encuentra en el clandestino pitillo —allá él— también más de una ocasión de evasión. Una marioneta, el paciente navarro, que con gotero, vías, diálisis, catéteres recibe no sólo su dosis de recuperación, sino que se conecta, a través de todos esos tubos con la realidad, la que está al otro lado del muro hospital-carcelario. Porque *Piel roja*, con más insistencia aún que su anterior entrega, de la que es continuación natural, es un diario, sí, de la enfermedad, pero es también un cuaderno de sensaciones, de memorias, de lecturas, de reflexiones, donde el paciente que no renuncia a la vida va anotando lo que hace y lo que quisiera hacer. Y aunque en muchas ocasiones el paciente se enfurece, en este diario tan singular el humor es un ingrediente que le sienta bien a estas páginas, que ayuda a desengrasar situaciones complicadas y sobre todo a desenredar los hilos de esa marioneta desmadejada. El humor, como la literatura, no salva, pero ayuda.